

LOS DOLORES DE MARÍA

Resulta atrayente imaginar la escena en la que se describe el encuentro entre la Sagrada Familia con el anciano Simeón. Poder imaginarnos a la Madre en los bellos patios de acceso al Templo de Jerusalén.

Ella andaría probablemente, cohibida ante tanta magnificencia. Aquella mujer que parecería diminuta y frágil pero extremadamente delicada, sufrió el primer golpe de dolor, su primer espanto... en aquel sagrado lugar.

Hace algunos años a María Santísima de las Siete Palabras se la representa con el Niño Jesús en brazos mientras la madre lloraba. Situándola de ese modo en aquellos pórticos de acceso al templo que Ella jamás pisó - las mujeres sólo podía acceder al primer patio - pese a sostener en sus brazos a Aquel por quien se había construido el suntuoso edificio y donde le presentaría y rescataría, probablemente con dos tórtolas - el tributo de los pobres - y donde Ella misma sería purificada, junto a tantas otras jóvenes madres, según el rito hebreo, tras el parto.

Es en Navidad, al recordar la infancia de Jesús, cuando nuestra Hermandad, la suele representar así y a quienes se extrañan de ver una dolorosa con el Niño Jesús les respondemos que María experimentó desde los primeros momentos de la vida de Jesús, el dolor, pues el Niño sería en palabras del anciano Simeón, “una bandera discutida”; y que por Él, o por culpa de Él, se revelarían las “intenciones de muchos corazones”. Anunciando así el destino trágico del Hijo.

Ése dolor se acentuaría al saber las intenciones de aquel terrible rey para con su pequeño Jesús y probablemente sus lágrimas seguirían cayendo al conocer la suerte de aquellos pequeños de Belén sacrificados por aquel monstruoso rey llamado Herodes.

NÚMERO 16
SEPTIEMBRE 2015



Vocalías de Cultos
y Formación



EDITA:

La Real Cofradía del Santísimo
Cristo de la Expiración
- Jaén -

LOS DOLORES DE MARÍA

Un dolor más vendría a la Madre al tener que huir a tierra extraña... parece que Dios quiso que su familia, la sagrada familia padeciera todos las terribles pruebas que padecen los desheredados de este mundo y los lanzó a caminos inciertos y lugares extraños.

¿Qué madre puede resistir la pérdida de un hijo durante tres días? Difícil es de imaginar su angustia en medio de una gran ciudad repleta de peligros. Qué amenazadora debió de parecerle la ciudad cantada en los textos sagrados. Cuánta desconfianza que Ella no alcanzaría a comprender, le inspiraría aquella hermosa urbe tantas veces elogiada, centro religioso por antonomasia del pueblo elegido.

¿Recordaría esto la Virgen Dolorosa que acudió presurosa al encuentro del Hijo cuando lo llevaban al Calvario? La ciudad donde Dios aceptó tener morada fue el escenario donde los dolores de su Madre reaparecían una y otra vez a fin de devolverla a la más cruel realidad de este valle de lágrimas que la tradición ha identificado con este mundo. María sufrió con el Hijo la descarnada brutalidad del ser humano en el mismo lugar donde se adoraba a Dios. Contemplar al Inocente, a su dulce Jesús, camino del suplicio debió de producir en Ella un golpe casi mortal.

Sobre el Gólgota, ¿qué decir? ¿Qué fuerza puede mantener consciente y en pie a una madre cuando el Hijo pende del madero? ¡Sólo Dios lo sabe! Sólo Él...

En ese lugar Jesús volvió a su regazo. Esta vez, desfigurado, sin apariencia humana y sin vida. Qué extraño debió parecerle la continuación de la vida a su alrededor cuando tenía al autor de la vida yermo en sus brazos. De este modo, pudo contemplar de cerca la atroz saña humana en sus heridas y llagas.

Qué extraño debió parecerle sentir los latidos de su corazón mientras sostenía el cuerpo exánime del Hijo. Como explicarse que vivía sintiéndose mortalmente herida. ¿Cómo aceptar la muerte del que es la Vida misma? Ella que tan unida a Él estaba, que su alma era el alma de Él, su Hijo, su amigo. En palabras de San Agustín: “medio yo vivía porque yo no había muerto; y medio yo estaba muerto porque había muerto mi amigo”.

Dejarle en aquel sepulcro fue el último dolor; el último desgarró del corazón. Qué difícil debió ser para Ella alejarse de aquel lugar. Debió ser un sentimiento muy parecido al abandono. Ella que habría jurado no abandonarle jamás.

La tradición ha recomendado reflexionar acerca de los dolores de María. Ella misma así lo sugiere a Santa Brígida a fin de comprender que en el dolor somos más parecidos a Cristo.

Así pues, debemos caminar con María por la vía dolorosa, al tiempo que le decimos:

“Dame tu mano, María, la de las tocas moradas;
clávame tus siete espadas en esta carne baldía.
Quiero ir contigo en la impía tarde negra y amarilla.
Aquí, en mi torpe mejilla, quiero ver si se retrata esa
Lividez de plata, esa lágrima que brilla.
¿Donde está ya el mediodía luminoso en que Gabriel,
desde el marco del dintel, te saludo: “Ave María”?
Virgen ya de la agonía, tu Hijo es el que cruza ahí.
Déjame hacer junto a Ti este agosto itinerario.
Para ir al monte Calvario, cítame en Getsemaní.
A Ti doncella graciosa, hoy maestra de dolores,
Playa de los pecadores, nido en el que el alma reposa,
a Ti te ofrezco, pulcra rosa, las jornadas de esta vía.
A Ti Madre, a quien quería cumplir mi humilde promesa.
A Ti celestial princesa, Virgen Sagrada María.”